

cuatro puntos opuestos, los morteros, cercando Heidelberg como un círculo de horribosas hidras, introducían sin descanso, y por todos los lados á la vez, sus largos chorros de llama en el patio del castillo; los obuses removían el suelo con sus cráneos de hierro; las balas de cañon y las balas rojas pasaban entre regueros de fuego, y á esta claridad se dibujaban en la fachada de Federico IV, en su actitud de combate, los colosos de los palatinos y de los emperadores, acorazados como escarabajos, espada en mano, tumultuosos y terribles; en tanto que al lado de ellos, en la otra fachada, desnudos, serenos y tranquilos, vagamente iluminados por el reflejo de las granadas, los dioses resplandecientes y las diosas enrojecidas sonreían bajo aquella lluvia de bombas.

Entre estas figuras reales, que más bien parecen ser almas petrificadas que estatuas, dos solamente me parecieron que habían perdido algo de su fiereza; eran Luis V y Federico V. Cierta es que ellos no forman parte de la brillante constelación de príncipes sembrada en el palacio de Federico IV. Ellos están pegados en la sombra á esa ruina que ha sido la Torre-Grande.

Federico V está profundamente abrumado; parece que piensa en la falta que ha cometido su destino. La corona de Bohemia, retirada por los bohemios de la frente de Fernando de Austria, había sido ofrecida por ellos al elector de Sajonia, que la rehusó; después á Carlos-Emmanuel, duque de Saboya, que la rechazó; después á Christiern IV, rey de Dinamarca, que no la admitió; por fin la ofrecieron al palatino Federico V, que, aconsejado por su mujer, aceptó la corona con gran apresuramiento. Se hizo coronar en Praga en 1619; después estalló la guerra y fué á morir, errante y proscrito, lejos de su país por los acontecimientos que él había provocado. Su mujer era Isabel de Inglaterra, nieta de María Estuardo. Ella había aportado como dote á su marido la fatalidad de su familia. No fué Isabel la que se casaba con un trono; era Federico V el que se casaba con el destierro.

Federico V, en el nicho oscuro donde la maleza le oculta casi enteramente, tiene aun en la cabeza esa corona de Bohemia de donde salió la guerra de los Treinta años; pero no tiene ya las dos manos que la recibieron. Extraño suceso: una bomba sueca se las cortó.

Luis V, que está próximo á él, no está

menos sombrío. Se diría que él sabe que ya no tiene guardias en la plaza de armas, que la *Torre Jamás-Vacia* está vacía, que ya no hay sacerdotes en la capilla, que ya no hay leones en la torre del Gigante, que ya no hay electores en Alemania, que ya no hay palatinos en Heidelberg, y que su *Torre-Grande*, que era, después del castillejo de Bourges, la torre más alta de Europa, yace desmoronada detrás de él. Luis V mira tristemente la hiedra que avanza poco á poco hácia su rostro.

Esta gran torre hacia juego con otra que había al otro extremo de este palacio-fortaleza. Era la *Torre de Federico el Victorioso*.

Allá por el año de 1455, Federico I, queriendo hacer su castillo inexpugnable, hizo levantar una fuerte torre por encima del reducido valle que la separa de las montañas por Levante. Esta torre tenía de altura ochenta piés, era de granito y estaba cerrada con puertas de hierro. El lado de su muralla que miraba al enemigo tenía veinte piés de ancho. Federico hizo colocar en el interior tres formidables baterías superpuestas, y empotró en las bóvedas, para la maniobra de las máquinas, enormes anillos de hierro que aun cuelgan de ellas. En 1610, su sobrino segundo Federico IV aun elevó esta inmensa torre con un gran piso octógono. Cuando esta prodigiosa construcción quedó terminada y completa, puso encima su pulgar el rey de Francia irritado y la reventó como si fuera una nuez.

Hoy, la *Torre de Federico el Victorioso* se llama la *Torre-rajada*.

Una mitad de este colosal cilindro de mampostería yace en el foso. Otros bloques agrietados se desprenden de la cima, y se habrían caído hace mucho tiempo si no los hubiesen sujetado árboles monstruosos con sus raíces poderosas y los tuviesen suspendidos encima del abismo.

A algunos pasos de esta espantosa ruina el azar ha deparado una ruina deliciosa; es el interior de ese palacio de Oton-Enrique, del cual hasta el presente, querido Luis, solo te he mostrado la fachada. Hay en él, en pié, abiertas, entregadas al primer recien venido, expuestas al sol y á la lluvia, á la nieve y al viento, sin bóveda, sin artesón, sin techo, colocadas al azar en los huecos hechos en los muros desmantelados, doce puertas del Renacimiento, doce joyas de platería, doce obras maestras, doce idilios de piedra, á los cuales se mezcla, como salido

de las mismas raíces, un admirable y precioso bosque de flores salvajes dignas de los palatinos, *consule dignæ*. Yo no sabría decirte lo que hay de inexplicable en esa mezcla del arte y de la realidad, que constituye á la vez una lucha y una armonía. La naturaleza, que rivaliza con Beethoven, rivaliza también con Juan Goujon. Los arabescos forman malezas y las malezas forman arabescos. No sabe uno por cuál optar y cuál admirar más, si la hoja viva ó la hoja esculpida.

Por lo que á mí afecta, esta ruina me ha parecido que la envuelve una armonía divina. Me parece que este palacio, construido por las hadas del Renacimiento, está ahora en su estado natural. Todos esos maravillosos caprichos del arte libre y bravío no debían acomodarse bien en estas salas cuando se firmaba en ellas la paz ó la guerra, cuando sombríos príncipes soñaban en ellas, cuando se desposaban en su recinto las reinas y cuando aquí se bosquejaban los emperadores de Alemania. ¿Es que esos Ver-tumnos, esas Pomonas y esos Ganimedes podían comprender algo de las ideas que veían salir de la cabeza de Federico IV ó V, por la gracia de Dios conde palatino del Rin, vicario del Sacro-Imperio romano, elector, duque de la Alta y Baja Baviera? Un gran señor se acostaba en esta habitación con una hija de un rey en una cama imperial; ahora ya no hay ni señor, ni hija del rey, ni cama imperial, ni cielo raso en esta habitación; el alcohol la habita y la menta salvaje la perfuma. Así está bien. Esto es mejor. Estas adorables esculturas han sido hechas para ser besadas por las flores y miradas por las estrellas.

La naturaleza, justa y santa, festeja esta obra, en la que los hombres se han olvidado del obrero.

Además de un sinnúmero de estanques, grutas y fuentes, pabellones y arcos de triunfo; además de la capilla consagrada á San Udalrich y erigida por Julio III en primera capilla de Alemania;

Además de la gran plaza de armas,
Los dos arsenales,
El juego de pelota del elector Carlos,
La jaula de los leones,
El palomar,
La pajarera,
El corral de las aves,
La gran cancillería,
La casa de la moneda, flanqueada por cuatro torrecillas,

El castillo de Heidelberg contenía y soldaba en su magnífica ciudad ocho palacios de ocho príncipes y de ocho épocas diferentes:

Uno del siglo catorce, el palacio del pfalzgraf Rodolfo I;

Uno del siglo quince, el palacio del emperador Ruperto;

Tres del diez y seis, el palacio de Luis V, el palacio de Federico II y el palacio de Oton-Enrique;

Tres del diez y siete, el palacio de Federico IV, el palacio de Federico V y el palacio de Isabel.

Su ruina la forman hoy todas estas ruinas.

Sin contar las torrecillas, las glorietas y las claraboyas que dan luz á las escaleras por dentro, había nueve torres exteriores:

La torre Carlos,

La Rodela,

La Gran-Torre,

La torre de Federico el Victorioso,

La torre Jamás-Vacia,

La torre de Comunicacion,

La torre del Gigante,

La torre Octógona,

Y esa torre de la Librería que ha encerrado la *Biblioteca palatina* del Vaticano, y en la que en 1622 los manuscritos griegos y los misales bizantinos sirvieron de pajar, á falta de paja, á los caballos del ejército imperial.

Cinco de esas torres subsisten todavía:

La torre de la Librería,

La torre Octógona,

La Gran-Torre,

La torre Rajada,

Y la torre del Gigante, la única cuadrada.

Raro destino! Ese prodigioso palacio, que fué el teatro de las fiestas y de las guerras, que fué la morada de los condes del Rin y de los duques de Baviera, de los reyes de Bohemia y de los emperadores de Alemania, ya no es hoy más que la cubierta complicada de un tonel.

El subterráneo de Tournus es una iglesia, el subterráneo de San Dionisio es un sepulcro, el subterráneo de Heidelberg es una cueva.

Cuando se ha atravesado esos escombros gloriosos, ese hundimiento épico, esas salas de armas demolidas, esos palacios llenos de musgos, de espinos, de sombra y de olvido, esas torres que han vacilado como hombres ébrios y que han caído como hombres muertos, esos vastos patios donde, hace apenas doscientos años, el lansquenet estaba de guardia en

la escalinata con la pica en alto, todo ese gran edificio y toda esa gran historia, se acerca un hombre con una linterna, te abre una puerta baja, te enseña una escalera sombría y te hace seña para que bajes. Bajas; la bóveda es oscura, la cripta reducida. Los tragaluces arrojan una media luz que tiene un tinte religioso; se detiene uno en las tumbas de los palatinos y se encuentra un gran tonel, un capricho pantagruélico, un trono para un Ramponneau colosal. Al percibir esta cosa extraña, se cree oír en las tinieblas de esta ruina la estrepitosa carcajada de Gargantúa.

El gran tonel en el castillo de Heidelberg es Rabelais hospedado en casa de Homero.

El gran tonel echado sobre el vientre de la vasta cueva que lo resguarda, presenta el aspecto de un navío mirado por debajo la cala. Tiene veinticuatro piés de diámetro y treinta y tres de largo. En la cara anterior lleva un escudo de armas de rocalla, donde está esculpida la cifra del elector Carlos Teodoro. Dos escaleras de dos descansos serpentean alrededor y suben hasta una plataforma colocada en su espalda. Contiene doscientas treinta y seis cubas; cada cuba contiene mil doscientas botellas dobles, de donde se deduce que en el gran tonel de Heidelberg hay quinientas sesenta y seis mil cuatrocientas botellas ordinarias. Se llenaba por un agujero practicado en la bóveda encima de la abertura, y se vaciaba con una bomba, que aun está allí suspendida en la pared. Este barril monstruo lo han llenado tres veces de vino del Rhin. La primera vez que lo llenaron, el elector bailó con su corte en la plataforma que lo corona. Desde 1770 está vacío.

El vino allí se mejoraba.

Este tonel, sin embargo, no es el antiguo gran tonel de Heidelberg, cubierto de tan curiosas esculturas y construido en 1595 por el elector Juan Casimiro para solemnizar no sé qué reconciliación de luteranos y calvinistas. Carlos Teodoro lo hizo demoler en 1750 para construir éste, que es más grande, pero que está menos adornado.

Además del gran tonel, las cuevas del castillo palatino, cuyas profundidades se franquean por todas partes como los antros, encerraban lo que se llamaba los toneles pequeños. Estos toneles pequeños no tenían apenas más que la altura de un primer descanso. Había diez ó doce y no queda más que uno, que se me

ha enseñado en su celda, á algunos pasos de la gran cuba. Solo contenía la quinta parte del gran tonel. Era una preciosa ensambladura de duelas de madera de encina, fabricada en tiempo de Luis XIII, adornada por los electores palatinos con el escudo de armas de Baviera y con tres cabezas de leones en cada una de sus caras, y por los soldados franceses con algunos hachazos. Esto era en 1799. El tonel estaba lleno de vino del Rhin; nuestros soldados quisieron romperlo. El tonel se mantuvo firme. Ellos habían destrózado las murallas de la ciudadela y no pudieron hacer brecha en el tonel.

Este tonel pequeño está vacío desde el año 1800.

Paseándose por la sombra que proyecta el gran tonel se distingue de pronto, detrás de los tablones que lo apuntalan, una singular estatua de madera, sobre la cual arroja un tragaluz un rayo descolorido. Es una especie de viejecito jovial, grotescamente engalanado, al lado del cual un reloj basto pende colgado de un clavo. Por debajo de este reloj sale un bramante, tiras de él y el reloj se abre bruscamente y deja escapar una cola de zorra, que viene á rozarte el rostro. Ese viejecillo es un bufon de corte y ese reloj es su bufonada.

Hé aquí la única cosa que palpita y se mueve todavía en el castillo de Heidelberg, la farsa de un bufon del rey. Allá arriba, en los escombros, Carlo-Magno ya no tiene cetro, Federico el Victorioso ya no tiene torre, el rey de Bohemia ya no tiene brazo, Federico II ya no tiene cabeza, el real globo de Federico V ha sido destrózado en su mano por una bala, ese otro globo real; todo ha caído, todo se ha acabado, todo se ha extinguido, excepto ese bufon. El está aun allí; él, en pié, respira y dice:—Héme aquí. Tiene su casaca azul, su chaleco extravagante, su peluca de loco por mitad verde y roja; te mira, te detiene, te tira de la manga, te hace su contorsión estúpida y se te ríe en las barbas. A mi ver, lo que hay de más lúgubre y más amargo en esta ruina de Heidelberg no son todos esos príncipes y todos esos reyes muertos; es ese bufon viviente.

Este era el loco del palatino Carlos-Felipe. Se llamaba PERKEO. Tenía de alto tres piés y seis pulgadas, como su estatua, que tenía al pié grabado su nombre. Bebia todos los días quince botellas dobles de vino del Rhin. En esto estribaba su talento. En 1710 hacia reír mucho al elector palatino de Baviera y

al emperador de Alemania, esas sombras que pasaban entonces.

Un día que estaban muchos príncipes extranjeros en casa del palatino, se midió á Perkeo con uno de esos grandes granaderos de Federico I, rey de Prusia, los que, calzados con aquellas botas de tacones altos y cubiertos con sus inmensas gorras de pelo, se veían obligados á bajar de espaldas las escaleras de los palacios. El loco apenas si rebasaba la bota del granadero. *Esto hizo reír mucho*, dice un narrador de aquel tiempo. ¡Pobres príncipes de una época decrepita, entretenidos con los enanos y los gigantes y olvidándose de los hombres!

Cuando Perkeo no se bebía las quince botellas lo azotaban.

En el fondo de la alegría, traducida en gesticulaciones, de ese miserable había necesariamente tanto sarcasmo como desden. Los príncipes, envueltos en el torbellino de la vida que llevaban, no se apercebían de ello. El resplandor espléndido de la corte palatina apagaba las llamaradas de odio que iluminaban á veces su rostro; pero hoy, en la sombra de las ruinas, reaparecen y permiten leer distintamente el pensamiento secreto del bufon. La muerte, que ha pasado por encima de esa risa, le ha quitado la jovialidad, dejándole tan solo la ironía.

Parece que la estatua de Perkeo ridiculiza la de Carlo-Magno.

No se puede ver otra vez á Perkeo. La primera vez entrístece, la segunda espanta. No conozco nada más siniestro que aquella risa inmóvil. En ese palacio desierto, cerca de ese tonel vacío, se piensa en ese pobre loco que era golpeado por sus dueños cuando no estaba ebrio, y esa máscara horriblemente jovial causa miedo. Porque aquello no es la risa de un bufon que se burla, es la expresión fisonómica de un demonio que se venga. En esta ruina llena de fantasmas, Perkeo también es un espectro.

Perdona, mi querido Luis, si me aprovecho de la transición; pero á propósito de fantasmas, bien puedo hablarte de aparecidos. Dicen que hay, y muchos, en el castillo de Heidelberg. Se pasean por él en las noches de luna llena y en las noches de tempestad. Tan pronto es Jutha, la mujer de Anthyse, duque de los francos, que se sienta, pálida y coronada, debajo de las pequeñas ojivas de la glorieta de Luis el Barbudo; tan pronto son los dos jueces francos, dos caballeros negros que se ven andar junto á la estatua de Júpiter, en el friso inac-

cesible del palacio de Oton-Enrique; tan pronto son los músicos jorobados, demonios familiares que silban aires satánicos desde los aleros de la capilla; tan pronto es la Dama blanca, que pasa por debajo de las bóvedas y se oye su voz. Dicese que esta Dama blanca es la que se apareció en 1655 en el rittersaal de Oton-Enrique al conde Federico de Deux-Ponts y le predijo la caída del Palatinado. En tiempo de los palatinos, ella se aparecía cada vez que debía morir uno de los soberanos del país. Ella no se mostraba para los grandes duques de Baden. Sin duda no reconocía el tratado de Lunville.

Aquí tienes, querido Luis, los diablos que buscan los turistas en este viejo palacio. En cuanto á mí, debo manifestarte que no he visto otros diablos y hasta ni otros turistas que, un día, allá hácia medio día, dos de esos inmensos desholllinadores del Bosque Negro, que habían venido á visitar como artistas y conocedores la fenomenal chimenea de los palatinos, y se extasiaban contemplándola desde abajo, los que, negros del todo, con sus dientes blancos, agitando con sus dos brazos esa ancha manta que llevan á manera de chal, parecían dos grandes murciélagos del Odeon, poniendo en escena Robin-des-Bois en las ruinas de Heidelberg.

A este castillo no le falta ningún género de devastación. Hasta aquí te he hablado de M. de Tilli, del conde de Birkenfeld, del mariscal de Lorges, del emperador de Alemania y del rey de Francia, los grandes demolidores, y no te he dicho nada de los pequeños. Cuando se mira la huella que dejan los leones, no se para la atención en la que dejan las ratas. Los devastadores ínfimos, los arquitectos oficiales se han abalanzado sobre este monumento como si estuviese en Francia, como si estuviese en París. Los inválidos que había allí alojados han mutilado el viejo edificio con el odio de ruina á ruina. De cuatro frontis han demolido completamente dos en el dormitorio de Oton-Enrique. Los ingleses han roto á martillazos, para llevárselas, las cariátides-pilastras del comedor. Un arquitecto, encargado de construir un canal de agua de Heidelberg á Mannheim, echó abajo las bóvedas de la sala de los Caballeros, á fin de hacer con los ladrillos cimienta para sus acueductos. Tú recordarás que nuestra verja de la plaza Real, monumento raro y completo de cerrajería del siglo diez y siete, esa

vieja verja de la que habla Mlle. de Sevigné, que había visto pasar los pájaros de las *Tournelles*, que habían rozado Corneille yendo á casa de Marion de Lorme y Moliere yendo á casa de Ninon de Lenclos, ha sido vendida este año, delante de la puerta de mi casa, á cinco sueldos la libra. Pues bien, querido Luis, sean cualesquiera los sandios que han hecho esa majadería, no la han inventado. Los sandios que la inventaron eran de Heidelberg; ellos no han hecho más que plagiarla. Había alrededor de la escalinata de Oton-Enrique un admirable pasamano de hierro del Renacimiento. Los arquitectos de la ciudad lo han hecho vender al peso y á menos de seis liards la libra.

Cito el texto mismo que se publicó en el mercado. Qué dices de esto? Estos seis liards bien valen nuestros cinco sueldos.

Tú me has olvidado, sin duda, en la colina del pequeño Geissberg, donde me encontraba cuando me puse á hablarte del castillo de Heidelberg, y yo me he olvidado de mí mismo al abstraerme tan profundamente el desvarío que se apoderó de mí. Llegada la noche, las nubes se esparcieron por el cielo, la luna estaba casi en el zenit, y yo continuaba sentado en la misma piedra, mirando las tinieblas que me rodeaban y las sombras que en mí existían. De pronto, el campanario de la ciudad dió la hora debajo de mis pies: eran las doce de la noche; me levanté y bajé. El camino que conduce á Heidelberg pasa por delante de las ruinas. En el instante en que llegaba á ellas, la luna, velada por nubes oscuras y rodeada de un inmenso halo, arrojaba una claridad lúgubre sobre ese magnífico montón de muros derruidos. Más allá del foso, á treinta pasos de mí, en medio de una vasta maleza, la torre Rajada, de la cual veía el interior, se me apareció como una enorme cabeza de muerto. Distinguía las fosas nasales, la bóveda del paladar, la doble arcada de las cejas, el hueco profundo y terrible de los ojos apagados. El gran pilar central con su capitel era la raíz de la nariz. Tabiques desgarrados hacían el efecto de cartilagos. En la parte inferior, en la pendiente del barranco, los saledizos del lienzo de muro caído figuraban horriblemente la mandíbula. Yo no he visto en mi vida nada más melancólico que esa gran cabeza de muerto colocada sobre esa gran nada que se llama el castillo de los Palatinos.

La ruina, abierta siempre, está á estas horas desierta. Viéndola se me ocurrió entrar en ella. Los dos gigantes de piedra que guardan el patio Cuadrado me dejaron pasar. Franqué el soportal negro, del que cuelga aun el viejo rastrillo de hierro, y penetré en el interior. La luna casi había desaparecido envuelta entre las nubes, de modo que el cielo enviaba una claridad descolorida.

Luis, nada hay más grande que lo que está caído. Esta ruina, iluminada de esta manera, vista á esa hora, tenía una tristeza, una dulzura y una majestad inexplicables. Creía sentir en el estremecimiento apenas distinto de los árboles y de la maleza no sé qué de grave y de respetuoso. No oía sonar ningún paso, ninguna voz, ningún soplo. No había en el patio ni sombras, ni luces; una especie de media luz fantástica lo modelaba todo, lo iluminaba todo y lo velaba todo. La confusión de brechas y de grietas dejaba llegar hasta los sitios más recónditos los más oscuros y débiles rayos de la luna, y en las negras profundidades, debajo de las bóvedas y de los corredores inaccesibles, veía algunas sombras blancas moverse lentamente.

Era la hora en que las fachadas de los viejos edificios abandonados aparecen, no ya como fachadas, sino como rostros.

Avancé por el pavimento desigual y monstruoso sin atreverme á hacer ruido y experimenté dentro de las cuatro paredes de este recinto esa extraña tortura, ese sentimiento indefinible que los antiguos llamaban el *horror de los bosques sagrados*. Causa una especie de terror invencible lo siniestro mezclado á lo soberbio.

Sin embargo, trepé por los escalones verdes y húmedos de la vieja escalinata sin pasamano y entré en el viejo palacio sin techo de Oton-Enrique. Quizás te rías, pero puedo asegurarte que andar de noche por habitaciones que han sido habitadas, cuyas puertas están adornadas y cuyos compartimientos tienen todavía su distinta significación; decirse:—Este es el comedor, este es el dormitorio, esta la alcoba, esta la chimenea,—y sentir la yerba bajo los pies, y ver el cielo por encima de la cabeza, es espantoso. Una habitación que tiene aun la figura de tal, y cuyo cielo raso ha sido levantado por una mano invisible como la tapa de una caja, se convierte en una cosa lúgubre y sin nombre. Esto no es ya una casa; tampoco es una tumba. En

una tumba se siente el alma del hombre; aquí se siente su sombra.

En el momento en que iba á pasar del vestíbulo á la sala de los Caballeros me detuve. Se oía allí un ruido singular, tanto más distinto cuanto que se extendía por el resto de la ruina un silencio sepulcral. Era una especie de estertor débil, estridente, continuo, mezclado á intervalos con un pequeño martilleo seco y rápido, que tan pronto parecía venir del fondo de las tinieblas, de un punto lejano del monte y del edificio, tan pronto parecía salir de debajo de mis pies ó de las hendiduras del suelo. ¿De dónde venía aquel ruido? ¿de qué sér nocturno procedía aquel grito ó aquel golpe? Lo ignoro, pero se asemejaba al rechinar de un telar, y no podía dejar de pensar, escuchándolo, en aquel horrible hilanderero de las leyendas que hila de noche en las ruinas la cuerda que ha de servir para los ahorcados.

Por lo demás, nada, nadie, ni un sér viviente. La sala estaba desierta como todo el palacio. Golpeé el suelo con el baston y el ruido cesó, pero momentos despues volvió á comenzar. Volví á golpear y cesó otra vez, y luego volvió á empezar de nuevo. Y, sin embargo, solo ví un gran murciélago espantado, que el golpe de mi baston en las losas había hecho salir de una de las cartelas esculpidas en la pared, y que agitaba por encima de mi cabeza ese fúebre vuelo circular que parece hecho para el interior de las torres desfondadas.

Te lo diré todo? Por qué no? ¿No eres tú el hombre que comprende todos los sueños del espíritu? Me parece que yo molestaba á alguno en esta ruina. ¿A quién? Lo ignoro, pero es lo cierto que yo turbaba un misterio. La noche estaba allí, sola; yo la había trastornado. Todos los habitantes sobrenaturales de estos régios escombros fijaban á la vez en mí su pupila vaga y azorada. Los tritones, los sátiros, las sirenas de doble cola, el amor alado que juega hace tres siglos con una guirnalda en el umbral de la sala de los Caballeros, las dos Victorias desnudas que los inválidos mutilaron, las cariátides ocultas entre arbutos de púrpura, las quimeras que tienen anillos en sus dientes, las náyades que escuchan caer el agua de piedra de su urna, tenían no sé qué de irritado y de triste; la boca entreabierta de los mascarones tomaba una expresión extraña; despedía lúgubremente un resplandor en la sombra esa sombría Isis del vestíbulo, á

la cual las lluvias que la carcomen y la esfuman han dado la sonrisa indefinible de las figuras de Prudhon; dos esfinges con casco, pechos de mujer y orejas de faunos, parecían cuchichear en voz baja mirándome, *transversa tuentes*; y yo creía oír respirar los leones de la chimenea entre la maleza donde se habían agazapado desde que el pié del palatino pensativo no se coloca ya sobre su melena de mármol. Algo de inmóvil y de terrible palpitaba alrededor de mí en todas estas paredes, y cada vez que me acercaba á una puerta tenebrosa ó á un rincón brumoso, veía chispear allí una mirada misteriosa.

Eres visionario como yo? ¿has experimentado esto? Las estatuas duermen de día, pero por la noche se despiertan y se convierten en fantasmas.

Salí del palacio de Oton y volví á entrar en el patio, siempre perseguido por el ruidito extraño que hacía uno cualquiera que velaba en la sala de los Caballeros.

En el instante en que acababa de bajar la escalinata, la luna surgió de improviso pura y brillante por entre un ancho desgarrón de nubes; el palacio de doble frontis de Federico IV se me apareció súbitamente magnífico, iluminado como en pleno día, con sus diez y seis gigantes pálidos y formidables; en tanto que á mi derecha la fachada de Oton aparecía completamente negra en el cielo luminoso y dejaba escapar deslumbrantes rayos de luna por sus veinticuatro ventanas á la vez.

Te he dicho *iluminado como en pleno día* y no he sido exacto; era el conjunto con poca diferencia. La luna en las ruinas es más que una luz, es una armonía. No oculta ningún detalle y no exagera ninguna cicatriz; arroja un velo sobre las cosas destrozadas y añade no sé qué aureola brumosa á la majestad de los viejos edificios. Es preferible ver un palacio ó un claustro derruido de noche que de día. La fuerte claridad del sol fatiga á las ruinas é importuna á la tristeza de las estatuas.

A su vez estas sombras de los emperadores y de los palatinos me han mirado; *simulacra*, y me pareció momentos antes que las sirenas, las ninfas y las quimeras me miraban con rabia, y ahora me parecía que todos esos viejos príncipes temibles clavaban en mí, ave de paso, una mirada simpática y hospitalaria. Algunos parecían aun más grandes de lo que son al rayo fantástico de la luna.

Uno de ellos, al cual alcanzó y medio volcó una bomba, Juan Casimiro, pegado á la muralla, con su cara descolorida, su nariz aguileña y su larga barba, tenía el aire de Enrique IV exhumado.

Salí del palacio por el jardín, y bajando, aun me detuve un instante en una de las terrazas inferiores. Detrás de mí la ruina, ocultando la luna, formaba en la mitad de la cuesta un bosquecillo de sombra, de donde saltaban en todas direcciones á la vez largas líneas sombrías y luminosas, borrando el fondo vago y vaporoso del paisaje. A mis piés yacía Heidelberg adormecido, tendido en el fondo del valle á lo largo de la montaña, apagadas todas las luces, cerradas todas las puertas; debajo de Heidelberg oía pasar el Neckar, que parecía hablar á media voz con la colina y con la llanura; y los pensamientos que me habían agitado toda la noche, la nada del hombre en el pasado, la flaqueza del hombre en el presente, la grandeza de la naturaleza y la eternidad de Dios, se me presentaban todos juntos, como representados por una triple figura, en tanto que bajaba á paso lento en las tinieblas, entre esa corriente siempre despierta y viva, esa ciudad dormida y ese palacio muerto.

POST-SCRIPTUM.

Carlsruhe, Noviembre.

Querido Luis, aquí tienes acabada esta carta interminable. Alaba á Dios y perdóname. No leas el infolio que te envío, pero ven á ver Heidelberg.

Acabo de dar una vuelta magnífica por la Berg-Strasse. He tenido lodo y nieve, pero tú sabes que yo tengo algo de montañés. No he sufrido por el frío, sino por falta de medios para calentarme. Figúrate que desde que estoy en Alemania no he podido todavía conseguir que se me facilite una chimenea rebosando fuego, un tizón encendido, un haz de leña ardiendo. No he encontrado más que horribles estufas, cuyos tubos se tuercen por las habitaciones como serpientes. De aquí sale un maldito calor que te hace traicion, pues te hace hervir la cabeza y te hiela los piés. Aquí no se calienta uno, se asfixia.

Prescindiendo de este pequeño inconveniente—la asfixia por mañana y tarde—el país es verdaderamente admirable. Toda la noche llueve; durmiéndome oigo caer con rabia los chaparrones contra los

vidrios de las puertas cristales; espero horribles días de agua; pero yo no sé cómo se arreglan las cosas, que por la mañana las nubes se desgarran, las brumas se disipan y veo las más bellas cosas del mundo.

Nocte pluittota, redeunt spectacula mane.

Adios, querido amigo. Hasta luego. Dentro de muy pocas semanas estrecharé tu mano amiga. No me olvides.

1839

CARTA XXIX.

Estrasburgo.

Lo que se vé desde una ventana de la *Casa-Roja*.—Paralelo entre el postillon badense y el postillon francés, donde el autor no se ciega por el amor propio nacional.—Una noche horrible.—Nueva manera de ser llevado por cuatro caballos.—Descripción completa y detallada de la ciudad de Sezanne.—Pintura detenida y minuciosa de Phalsbourg.—Vitry-sur-Marne.—Bar-le-Duc.—El autor dice simplezas á las náyades.—Todo sér lleva consigo el olor de lo que come.—Teoría de la arquitectura y del clima.—Elevada estadística á propósito de las confiterías de Bar.—El autor piensa en una cosa que hacia la alegría de un niño.—Paisajes.—Ligny.—Toul.—La catedral.—El autor manifiesta su opinión sobre la catedral de Orleans.—Nancy.—Croquis agradable de la plaza de Hotel-de-Ville.—Teoría y apología del rocóco.—Despertar que se tiene en el coche-correo al asomar el día.—Vision magnífica.—La cuesta de Saverne.—Párrafo que comienza en el cielo y que acaba en una vacía.—Los aldeanos.—Los carreteros.—Wasselonne.—Recodo del camino.—Aparición del Munster.

Estrasburgo, Agosto.

Héme aquí en Estrasburgo, amigo mio. Tengo mi ventana abierta que dá á la plaza de Armas. A mi derecha hay un grupo de árboles, á mi izquierda el Munster, cuyas campanas tocan á vuelo en este instante; enfrente de mí, en el fondo de la plaza, hay una casa del siglo diez y seis muy bonita, aunque estucada de amarillo con contraventanas verdes; detrás de esta casa las altas paredes de una vieja nave, en donde está la Biblioteca de la ciudad; en medio de la plaza un barracon de madera, de donde saldrá, segun se dice, un monumento para Kleber; por todos lados un cordon de viejos techos bastante pintorescos; á algunos pasos de mi ventana una horca, al pié de la cual hablan una jerga algunos pilluelos alemanes rubios y barrigudos. De vez en cuando una esbelta silla de posta inglesa, calesa ó landó, se detiene en la puerta de la *Casa-Roja*, que habito, con su postillon badense. El postillon badense es agradable; lleva una chaqueta de

color amarillo muy subido, un sombrero negro charolado con ancho galon de plata, y lleva en la banderola una bocina de caza, con un enorme lazo de bellotas encarnadas, en medio de la espalda. Hay que confesar que nuestros postillones son horribles; el postillon de Longjumeau es un mito: una blusa vieja llena de barro y una feísima gorra de algodón; hé aquí el postillon francés. Ahora, por encima del postillon badense, la silla de postas, los pilluelos alemanes, las casas antiguas, los árboles, el barracon y el campanario, coloca un hermoso cielo mezclado de azul y de nubes, y tendrás una idea del cuadro.

Por lo demás, he tenido pocas aventuras; he pasado dos noches en el coche-correo, lo que me ha dado una alta idea de la solidez de nuestra humana máquina.

Es una cosa horrible pasar una noche en el coche-correo. En el momento de partir todo vá á pedir de boca; el postillon restalla el látigo, los cascabeles de los caballos resuenan alegremente, se siente una situación extraña y dulce, y el movimiento del coche dá al espíritu alegría y el crepúsculo melancolía. Poco á poco la noche nos envuelve, la conversacion de los compañeros de viaje languidece, se siente vago entorpecimiento en los párpados, los faroles del coche se encienden; éste se arrastra, despues parte como el viento, se hace completamente de noche y acaba uno por dormirse. Precisamente este es el momento que el camino escoge para hacerse intransitable: los hoyos y los baches se confunden; el coche se pone á bailar. Esto no es ya una carretera, es una cadena de montañas con sus lagos y sus crestas, que debe mostrar horizontes magníficos á las hormigas. Dos movimientos contrarios se apoderan del coche y le sacuden con rabia, como dos enormes manos que lo hubiesen apresado al pasar; un movimiento de adelante atrás y de atrás adelante, y un movimiento de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, y el cabeceo y el balanceo de un buque. Resulta de esta feliz complicacion que toda sacudida se multiplica por sí misma á la altura de los ejes, y que se eleva á la tercera potencia en el interior del coche, sin perjuicio de que un guijarro como el puño de grande te haga golpear ocho veces seguidas la cabeza en el mismo sitio, como si se tratase de clavar un clavo. Es delicioso. A contar desde este momento, ya no es un carruaje

aquello, es un torbellino. Parece que el coche se ha puesta furioso.

La confortable silla de posta inventada por M. Conte se metamorfosea en un abominable patache; el sillón Voltaire no es más que una carraca. Se salta, se danza, se rebota, se rechaza contra su vecino—todo esto durmiendo.—Porque esto es lo gracioso, se duerme. El sueño te coge por un lado y el infernal carruaje por el otro. De aquí una pesadilla abrumadora. Nada es comparable á los desvarios de un sueño zangoloteado. Se duerme y no se duerme; es á la vez todo realidad y quimera. Es el sueño anfíbio. De vez en cuando se entreabren los párpados. Todo tiene un aspecto deforme, sobre todo si llueve, como sucedía la otra noche. El cielo es negro, ó mejor dicho, no hay cielo; parece que se marcha extraviadamente á través de un remolino; los faroles del coche arrojan una luz descolorida, que vuelve monstruosas las ancas de los caballos; por intervalos aparecen bruscamente en la claridad y se desvanecen las copas despeinadas de los olmos; los charcos de agua estancada chillan y se estremecen á los impulsos de la lluvia como las cosas que se frien en la sartén; los zarzales toman aspectos agachados y hostiles; los montones de piedras ofrecen aposturas de cadáveres yacentes; se mira con vaguedad; los árboles de la llanura no son ya árboles, son gigantes horribles, que se cree ver cómo avanzan lentamente hácia la orilla de la carretera; todo muro viejo se asemeja á una enorme mandíbula desdentada. De pronto, un espectro pasa extendiendo los brazos. De día no pasaria de ser el poste del camino, que os dirá buenamente: *Carretera de Coloummiers á Sezanne*. De noche es una aparición horrible que parece arrojar una maldición al viajero. Y despues no sé por qué se tiene el pensamiento lleno de imágenes de serpientes; se llega uno á imaginar que las culebras se arrastran por su cerebro; el espino silba á la orilla del declive como un puñado de áspides; el látigo del postillon es una víbora volante que sigue al carruaje y busca como morderle á través de los vidrios; á lo lejos, en la bruma, la línea de las colinas ondula como el vientre de una boa que digiere, y toma en el engrosamiento del sueño la figura de un dragon prodigioso que rodease el horizonte. El viento ronca como un ciclope fatigado y te hace soñar en algun obrero espantoso que trabaja penosamente en las tinieblas. Todo vive en esa vida hor-